

## Argumentos

## EL FLUCTUANTE RELATO DE LA IDENTIDAD CRIOLLA. OBSERVACIONES A PARTIR DE NARRACIONES DE LA INDEPENDENCIA, DE DARDO SCAVINO

Juan Antonio Ennis\*

“Vengo de vivir entre los bárbaros”  
Carpentier, *El siglo de las luces*.

1

En un ejercicio ejemplar del cepillado a contrapelo de la historia al que convocara Benjamin, una de sus comentaristas más reputadas revisa, asociando dos nombres no habituados a encontrarse, lo que entiende una paradoja en dos tiempos. Así, “Hegel and Haiti” propone un verdadero salto de tigre sobre el continuum de la historia, desde lo inexplorado de un tema en la actualidad al silencio del filósofo de Jena sobre los hechos contemporáneos en la isla del Caribe. La primera paradoja es bien conocida y fue ampliamente trabajada por Louis Sala-Molins (1987: 206-280): los mismos pensadores que proclamaban la libertad como el estado natural e inalienable del hombre podían aceptar como un hecho igualmente dado, parte del mundo tal cual es, la explotación de miles de esclavos coloniales (Buck-Morss 2000: 822).

Ese cepillado a contrapelo se ofrece como metodología para llevar a cabo aquello que, según Benjamin (2003 [1935]: 79) ninguna historia de la cultura habría hecho hasta ahora: hacer justicia a la constatación de que no hay documento de cultura que no sea a la vez un documento de la barbarie. Carpentier ya noveló en *El siglo de las luces* las contradicciones del fervor jacobino a la hora de alcanzar el orden colonial, donde la historia de la abolición de la esclavitud que Victor Hugues trae con la guillotina y los impresos del decreto de Pluvioso del Año II será retrotraída ya en 1802 con igual o mayor ahínco. Quizás la imagen extrema de esta contradicción es la evocada por Buck-Morss (2000: 865), donde los soldados enviados por Napoleón a reprimirlos escuchan a esos antiguos esclavos cantar la Marsellesa y se preguntan si no estarán combatiendo en el lado equivocado. “Vengo de vivir entre los

bárbaros” (p. 242), dice Esteban al final del cuarto capítulo de la novela de Carpentier, luego de pasar por la Revolución y el Terror en Francia y de ver finalmente la ciencia y la racionalidad modernas aplicadas al tormento de los esclavos en las colonias holandesas –en un tránsito que en cierta medida encuentra reflejos en el trabajo de Buck-Morss.

El segundo momento de esta paradoja reside en el presente: “If this paradox did not seem to trouble the logical consciousness of contemporaries, it is perhaps more surprising that present-day writers, while fully cognizant of the facts, are still capable of constructing Western histories as coherent narratives of human freedom” (ibid.). La evidencia contraria, al ritmo de la progresiva especialización y compartimentación del conocimiento (incluso en el terreno de los estudios considerados “subalternos”), puede ser relegada al margen, puesto que toda evidencia contra el propio constructo pertenece sencillamente a la historia de otro. No habría, así, lugar entre las disciplinas universitarias que reproducen el relato heredado de la historia, para uno que reúna esos dos nombres: Hegel y Haití. Aquello, pues, que la autora propone a lo largo de un camino inevitablemente sinuoso, es una historia in-disciplinada. “My apologies, but this apparent detour is the argument itself”, dice Buck-Morss antes de comenzar a interrogar esta constelación desde los comienzos de la Modernidad occidental, en la “Edad de Oro” de la cultura en los Países Bajos, sostenida por el dominio mercantil y la economía esclavista. El problema reside en la forma del relato, en el examen de la violencia que lleva en sí el entramado de esta paradoja como relato coherente.

\* Juan Antonio Ennis (La Plata, 1979), profesor en letras por la Universidad Nacional de La Plata y doctor por la Martin-Luther-Universität Halle-Wittenberg. Es profesor de Literatura Española en la Universidad Nacional de la Patagonia Austral e investigador del CONICET. Autor de *Decir la lengua. Debates ideológico-lingüísticos en Argentina desde 1837* (Peter Lang, 2008), y de numerosos trabajos de crítica literaria e historiografía lingüística publicados en medios especializados del país y el exterior.

Por eso mismo, como es sabido, las etapas críticas en el proceso de construcción de la nación se ven atravesadas por la disputa por el sentido de la historia, por imponer una narración legítima y un sujeto para ella. Entre los debates que tuvieron lugar en el Chile de los años 40 del siglo XIX, el suscitado por el estudio historiográfico de José Victorino Lastarria titulado *Investigaciones sobre la influencia de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile* (1844) ocupa un lugar central en tanto disputa por el sentido de la historia como relato de sí y fundamento de un proyecto de nación. La crítica de Bello en este sentido no apunta al rigor del historiador en su trabajo, sino a las bases ideológicas del mismo. El modelo del despotismo español es así una versión menor del romano, y lega apenas algunos monumentos mal mantenidos, al mismo tiempo que la solidez de una tradición y una lengua de cultura, la posibilidad de reclamar una estirpe occidental y con ello una parte en la civilización moderna. Así, Bello formula una política de la lengua y de la cultura que consiste en expulsar de la historia a todo aquello que no quepa en la gramática de lo Mismo:

*Las razas indígenas desaparecen, y se perderán a la larga en las colonias de los pueblos trasatlánticos, sin dejar más vestigios que unas pocas palabras naturalizadas en los idiomas advenedizos, y monumentos esparcidos a que los viajeros curiosos preguntarán en vano el nombre y las señas de la civilización que les dio el ser.* (Bello 1970 [1844]: 85)

Se trata, entonces, de pensar las formas y los usos del relato. Al introducir su ya clásico *La conquista de América*, Todorov dice que su tema es el más general del “descubrimiento del otro”, y que aquello que da título a su libro va directamente vinculado con el método elegido, uno más cercano al *mythos* (como relato ejemplar) que al *logos* de la razón argumentada. Posteriormente, Todorov (2008) ha vuelto a insistir en la necesidad del relato ejemplar, del cultivo de una memoria histórica como maestra del presente, en el sentido del *exemplum* didáctico-moralizante tradicional. El *mythos*, en este sentido, reside en el uso ejemplar de la historia, probablemente, entre otras cosas, en hacer hablar a esas piedras mudas. Una forma de pensar que pone en el centro la lógica del relato. El mito se emparenta con la arqueología en tanto hace hablar a los objetos, otorga sentido a su reunión. El paroxismo en este caso es el de Schliemann

ordenando (dando orden y llevando adelante) las excavaciones de Troya a partir del *mythos* de la *Iliada*: la dramatización de un juego de “asociación libre” con la *Iliada* que le permite poner un nombre, una historia y una geografía a todos sus hallazgos y polemizar con los historiadores profesionales que no podían oponer ninguna prueba material a la impugnación de su relato (Cobet 2007: 77s.). *Historia magistra vitae*, como reza la sentencia ciceroniana: al abrir su crítica al texto de Lastarria, Bello prefiere esa función ejemplar. Benjaminiano *avant la lettre* y a la inversa, proclama la necesidad de un ordenamiento teológico-teleológico de la historia para no dejarla revelarse como la montaña de escombros que el ángel de la historia no puede dejar de observar en la tesis IX:

*La historia es el oráculo de que Dios se vale para revelar su sabiduría al mundo, para aconsejar a los pueblos y enseñarles a procurarse un porvenir venturoso. Si sólo la consideráis como un simple testimonio de los hechos pasados, se comprime el corazón, y el escepticismo llega a preocupar la mente, porque no se divisa entonces más que un cuadro de miserias y desastres* (Bello 1970 [1844]: 76).

En ese sentido, la sabiduría divina aconseja dejar que el huracán de la historia como progreso termine de exterminar a aquellos cuyas voces recuperara al calor de la poesía independentista. La sentencia de Bello, así, no sólo contradice, sino que incluye su poesía anterior: no habrá poema que haga hablar a esos monumentos, sentenciados al exterior de la historia.

Veinte años antes de que Bello se encontrara trabajando en sus proyectos de mayor alcance y ambición en Chile, mientras procuraba en Londres dar forma a la primera empresa cultural criolla de valía en letra impresa, Bernardo de Monteagudo, en 1823, sentaba en su *Memoria* las bases para la que sería una de las premisas fundamentales del pensamiento de Bello en la legislación del estado y de la lengua. De acuerdo con la paráfrasis de Scavino (2010: 292):

*Monteagudo no podía ser más claro: la única clase verdaderamente emancipada con las llamadas revoluciones de la independencia fue la clase de los propietarios y capitalistas, porque la propiedad y el capital son, para él, y para los miembros de esta misma clase, sinónimo de emancipación e independencia, de modo que sólo una sociedad de propietarios y capitalistas*

*podría alcanzar la perfecta democracia. La mayoría de las flamantes repúblicas hispanoamericanas van a aplicar, en efecto, este principio limitando el derecho a voto a los propietarios y patrones.*

Pero antes, el mismo nombre aparece enunciando en la oración inaugural de la Sociedad Patriótica de Buenos Aires el relato de la “hermandad americana”. “Bernardo de Monteagudo, 1812”: este primer título con el nombre del revolucionario tucumano, además de las suyas, incluye otras marcas en la identificación criolla con el decurso de la historia americana que la Conquista habría venido a interrumpir. En la poesía independentista que Bello escribe desde Londres, la “hispana gente advenediza” ha venido a usurpar y vituperar el “imperio del sol”, y “nuevos y más felices capitanes” (“no se trata ya de guerreros incas, sino de militares criollos”, aclara el autor) vendrían a vengarlo. Así, “la epopeya popular americana de la revolución –entendida aquí en un sentido literal– suele aparecer como una inversión de la conquista o como una contra-conquista” (Scavino 2010: 97). La civilización que el sable criollo venía a redimir y que –en los versos de Francisco Acuña de Figueroa que Scavino cita algunas líneas antes de los de Bello– gritaba “¡Venganza!” por la boca de un Atahualpa redivivo, es veinte años después –cuando Bello ya ha abandonado el exilio londinense para convertirse en rector no sólo de la Universidad de Chile– silencioso monumento, resto incomunicable de una lengua desaparecida (como esa huella gramatical africana que los lingüistas se afanan en buscar en los diversos criollos, cuya base léxica es siempre la de la potencia colonial-esclavista europea).<sup>1</sup> El argumento de Lastarria coincide con la retórica independentista de Bello, sólo que veinte años más tarde, y la contradice al extremo al hacer heredero del ímpetu emancipador del araucano a un “pueblo” mestizo y no a la élite hegemónica cuyo portavoz era Bello, y que aparecía como la legataria del orden colonial. Con Álvaro Kaempfer (2006: 14):

*El predominio de la lectura liberal que ligó la formación nacional al peso, cohesión y*

*protagonismo de las elites se vio cuestionado por la presunción de otro agente en la narrativa histórica e historiográfica nacional. De hecho, el éxito del proyecto nacional en su enfrentamiento con el legado colonial, sugería Lastarria, habría dependido de un protagonismo mestizo, criollo y subalterno.*

La concepción romántica del pueblo y del pasado en Lastarria aparece así como una disidencia fundamentalmente anacrónica, pone en crisis el orden del relato que legitima el presente y amenaza con revelar la contradicción que le es inherente.

## 2

La exposición y respuesta, el esfuerzo por leer y pensar esta aparente contradicción es lo que Dardo Scavino ha dado en llamar *Narraciones de la independencia. Arqueología de un fervor contradictorio* (Eterna Cadencia, 2010). Un libro que, haciendo honor a su título, narra una búsqueda, expone (indisciplinadamente) sus hallazgos e incita a la lectura. Probablemente por eso, al intentar comentar el libro, inevitablemente se comienza hablando de otros.

Si lo criollo es lo doble y la afirmación de su identidad se despliega en este juego de la consustanciación y la indiferencia frente a su entorno, la fórmula hallada por Scavino resulta sumamente eficaz: doble relato, doble registro, complejidad de una hegemonía basada en la adaptación permanente. La «diferencia» criolla, el relato que articula su constitución como sujeto relacional,<sup>2</sup> se juega siempre entre la afirmación y la negación de una o más filiaciones: “Como cualquier otro relato –como cualquier otro mito, incluso–, la epopeya del pueblo americano delimita una identidad y una oposición, una identidad y un adversario, una equivalencia y un antagonismo” (Scavino 2010: 91). Esa diferencia, que permite alimentar el fervor independentista y posteriormente cimentar el dominio de una minoría, encuentra su riesgo en la etimología. Como recuerda Scavino al recorrer el “Memorial de agravios” (1808) de Camilo Torres Tenorio, el mote de *criollo* llevaba en sus antecedentes la impugnación

<sup>1</sup> “Analysis of discourse on the African contribution to Papiamentu has shown, however, that in the case of Creole languages their relation with the popular referred not only to the ‘primitive’ within European culture but that the ‘primitive’ of anthropology was identified as the lurking presence of their Afro-Curaçao speakers and its possible influence on the language” (Bachmann 2007: 103).

<sup>2</sup> La constitución relacional del sujeto criollo ya había sido explorada anteriormente (por ejemplo, por Mary-Louise Pratt), lo que diferencia el enfoque de Scavino reside en el énfasis en la constitución de ese sujeto a partir de ese relato cuya arqueología presenta el libro. Pratt: “El sujeto criollo poscolonial, como todos los sujetos, se constituyó relacionalmente, con respecto (entre otras cosas) a los españoles, los europeos del norte y los no blancos americanos. Dentro de la sociedad americana, ese sujeto se creó imaginativamente a sí mismo en parte a través de la imagen de la horda indígena construida como su otro bárbaro. Los españoles también eran bárbaros” (Pratt 1995: 328).

de toda legitimidad para el reclamo de trato igualitario como hermanos de sangre de los españoles: “Recordemos que *criollo* viene del portugués *crioulo*, denominación de los *criados* en, y de, una casa señorial, a los domésticos de una *familia* en el sentido romano del vocablo”. La doble preposición (en, y de) cobra sentido en cuanto el problema de la legitimidad y del relato que cimienta la hegemonía criolla es el del legado, la herencia, la propiedad recibida: “Los criollos ocupan, en este aspecto, la posición de los hijos no reconocidos y, por decirlo así, desheredados, en la perpetua situación de buscar ese reconocimiento y de reclamar una fracción proporcional de los bienes patrimoniales” (Scavino 2010: 73). Mabel Moraña ha caracterizado la posición liminar del criollo desde el Barroco, como un sector social que “afirmado a la vez en la herencia, la riqueza y la territorialidad, pugnaba por el reconocimiento social, la participación política y la autonomía económica” (Moraña 1998: 48). El estigma que justifica el recelo ante el criollo y el coto puesto a su ascenso en la estructura del poder colonial se relaciona precisamente (al igual que sucede con el indiano en la metrópoli), con su carácter de “gente advenediza”: “Se sabe, por ejemplo, que los criollos no alcanzaron puestos de jerarquía eclesiástica o civil, salvo excepciones. También existe extensa documentación que demuestra la resistencia al criollo dentro del clero regular. Se consideraba que la “santidad” de este grupo era dudosa, dado el medio social del cual surgía el criollo, dominado por el afán de éxito y ascenso social, la codicia y el resentimiento” (Moraña 1998:35-36). En *Narraciones de la independencia*, esta tensión se explica con especial eficacia a través del juego entre el *ius solis* y el *ius sanguinis*. Hijos de la misma tierra que Atahualpa, los criollos reclaman el concurso de sus descendientes para librarse de la opresión española como extranjera; descendientes de Pelayo y de su estirpe reconquistadora-conquistadora, una vez emancipados se afirmarán en la herencia del derecho de propiedad sobre esa misma tierra que conquistaran sus padres, para constituirse en la casta hegemónica. Por eso, como ha observado Palti (1994) también en Monteagudo, después del jacobinismo viene el descubrimiento de “los infernales efectos del espíritu democrático”, que lo llevarán a proponer un gobierno fuerte que, apoyado en las clases propietarias, reprimiera todo ímpetu igualitario y organizara la educación. Al organizarla, tiempo después, Bello afirmará que en Chile, el país es dirigido “por la clase de los propietarios, para suerte de éste” (cf.

Stuven 2000: 63). Las palabras cambian de dueño y su vaivén da sentido a la premisa del libro de Scavino (2010: 281): “No hay que pensar [...] las narraciones a partir de los sujetos, como si estas solo fuesen una transcripción de la “visión del mundo” de ellos, sino los sujetos mismos a partir de las narraciones”. El criollo, bajo el cual recae en la colonia la sospecha de ese carácter traslada al español el mote de “advenedizo” para reclamar la legitimidad de su herencia. La figura de Monteagudo recorre el texto de Scavino y lo cierra como ejemplo claro del vaivén característico del “fervor contradictorio” criollo: de su juventud apasionadamente jacobina a la defensa de la democracia de los propietarios, “las fluctuaciones de Monteagudo –las mismas que Ramos Mejía calificaría de “histéricas”– habían sido las oscilaciones de muchos personajes de su generación, e incluso de algunas generaciones que lo precedieron y de muchas que lo sucedieron” (Scavino 2010: 299).

El libro de Scavino divide su inventario en cuatro cuerpos: “Antes de las revoluciones”; “Durante las revoluciones”; “Después de las revoluciones” y “La hegemonía criolla y la constitución del pueblo americano”. En el tercero de ellos, casi cien años después de la revolución, Lugones integrará originalmente los dos relatos, el de la epopeya americana y el de la novela familiar criolla, separando la independencia de la revolución. Los criollos, para él, son descendientes sin dudas de los españoles, es más, de los hijos acriollados de los invasores árabes que emprenden la Reconquista y luego la Conquista. Lugones, que “no sólo descarta una alianza con los demás americanos sino que justifica y, por decirlo así, celebra su exterminio”, hace a estos guerreros artífices de la independencia, mientras la revolución se reduce al producto del interés económico de una ínfima burguesía –un interés económico que es, sin embargo, también sobre todo el suyo:

*La independencia había sido obra de guerreros, esos mismos guerreros que iban a dominar buena parte de la historia política argentina e hispanoamericana del siglo XIX. La revolución, en cambio, había sido obra de comerciantes e industriales, de contrabandistas y fabricantes de velas de cebo. La independencia criolla había favorecido esa revolución porque estos guerreros, al igual que sus antepasados, poseían el “monopolio de la tierra” y precisaban exportar sus frutos. (Scavino 2010: 197)*

El tránsito del proteccionismo borbónico al libre comercio es también la explicación que encuentra Justo Sierra en el capítulo anterior (“Justo Sierra, 1900”) para una evolución traducida a un registro biologicista especialmente caro a la época. En este marco, “Sierra sustituye [...] la metáfora botánica de la *raíz* por aquella de la *cepa*, dado que esta puede adaptarse a nuevos suelos y recibir, a modo de injertos, otros cepajes” (id.:188). En ambos casos, se trata de establecer la simultánea continuidad (de un grupo o, en el caso de Justo Sierra, de una empresa, de la apertura y salida del aislamiento de América) y ruptura en el proceso independentista.

El cuarto cuerpo abandona la titulación por nombres y fechas y contribuye a la definición de otro eje que ya se observa en el desarrollo anterior, ensayando una gramática del doble relato (de la epopeya americana y la novela familiar del criollo) que cimienta la hegemonía criolla que le da título que aporta a su (des)montaje arqueológico el rigor filológico necesario.

3

Il était un temps où l'archéologie comme discipline des monuments muets, des traces inertes, des objets sans contexte et des choses laissées par le passé, tendait à l'histoire et en prenait sens que par la restitution d'un discours historique; on pourrait dire, en jouant un peu sur les mots, que l'histoire de nos jours tend à l'archéologie, à la description intrinsèque du monument (Foucault 2004 [1969]: 320).

Todo está en un título. Haciendo uso de un estilo que, armado de las libertades del ensayo, no se sustrae sin embargo al rigor de un buen conocedor de su archivo, Dardo Scavino explora las *Narraciones de la independencia*, concentrándose en los documentos de esta época, pero ensayando asimismo saltos y cruces que van más allá del mero señalamiento de antecedentes y vestigios.

Un título que, por supuesto, incluye el subtítulo. Todo lo que va al frente. Más de cuarenta años después de que este uso en particular de la palabra ocupara su subtítulo más célebre y efectivo en su voluntad programática en *Las palabras y las cosas* de Foucault, la palabra “arqueología” no puede pensarse como promesa de originalidad, aunque sí, sin dudas, como desafío.

La historia dispone el suelo para la arqueología, o de otro modo: el arqueólogo

desmonta y relee el relato heredado, haciendo ver sus costuras y los vacíos que oculta. El paisaje que ofrece Scavino no traiciona la promesa del subtítulo, y ofrece desde el índice la imagen de una labor de arqueólogo. Una serie de piezas homologadas en la marca común del nombre y la fecha (desde Carlos de Sigüenza y Góngora, 1692 hasta Bernardo de Monteagudo, 1823) en una plausible disposición que no es necesariamente la de la sucesión cronológica sino la de la congruencia de un conflictivo y al menos doble relato de identidad criolla. Para proseguir con lo que se ha dado en llamar la armazón paratextual del libro, habría que completar con la indicación de la cita liminar que da título e impulso al trabajo, donde Octavio Paz describe la confusión del criollo, quien “se sentía heredero de dos imperios: el español y el indio. Con el mismo fervor contradictorio con que exaltaba al Imperio hispánico y aborrecía a los españoles, glorificaba el pasado indio y despreciaba a los indios”. La respuesta a esta contradicción, que Scavino identifica con el doble relato de la identidad criolla, se encuentra en la palabra clave no alojada en su envoltorio, pero de igual importancia en el sostén teórico del texto: hegemonía. La contradicción no es más que adaptación (la hegemonía, con Williams, es por definición adaptativa) y los vaivenes del relato no se limitan a la colonia y la independencia, sino que atraviesan los dos últimos siglos de historia latinoamericana en sus diversas modulaciones. Mediando el epílogo, la labor del arqueólogo actualiza su mirada. Como enseña Benjamin en el fragmento “Exhumar y recordar”, en el que el historiador o memorialista se equipara al arqueólogo, no son sólo los objetos hallados que se deben inventariar en el informe de este último, sino sobre todo aquellos que se debió atravesar para llegar a ellos:

*La hegemonía criolla resulta en este aspecto inseparable de la narrativa liberal y burguesa en América Latina. Esto explicaría por qué el racismo de esa minoría recrudescer cada vez que este proyecto se ve amenazado por la plebe o cuando sencillamente pone a los Estados al borde de la ruina, como ocurrió en algunos países de la región tras la imposición de los planes neoliberales durante los años noventa.* (Scavino 2010: 298)

La tesis de este doble relato, el de la epopeya de la independencia y el de la novela familiar criolla explica asimismo una relación entre historia y arqueología que también juega con

los pliegues de cada término. Es decir: más allá de la especificidad foucaultiana de la arqueología como práctica renovadora del discurso histórico, hay una arqueología que puede pensarse, con Furio Jesi, como suspensión de la historia, sustracción momentánea a su economía. Esta oposición entre historia y arqueología tiene a su vez su reverso violento en la sentencia de Bello. Allí, la novela familiar criolla devenida programa de estado se ocupa de pasar su relato a la historia, relegando su otro a una arqueología como disciplina de los monumentos mudos.

Por eso, en ese borde se juega algo que va más allá de la contradicción y que se presenta como el relato de un relato: de cómo el sujeto criollo se constituye a partir de la respuesta a dos interpelaciones: “Si un significante es lo que representa a un sujeto para otro significante, entonces *criollo* significa “europeo” para *indio* y “americano” para *español*” (p. 280). Pero ese borde nace de un riesgo y tiene una historia política que es la historia de las coincidencias y deslindes en el discurso, donde tras hacer gritar a Atahualpa para arrebatar la administración a los españoles, los criollos deben volver a Europa. O deben poner en limpio que esta independencia de España no tiene por objeto vengar al Inca, sino tomar a su cargo la administración de su expolio para integrarla al mundo del libre mercado. Uno de los textos fundacionales de la literatura latinoamericana postindependentista –paradójico síntoma, como señalara Pratt (1995: 303)– “La agricultura en la zona tórrida”, se escribe en Inglaterra después de 15 años de exilio. Probablemente el mapa de la arqueología de Scavino puede extenderse, completarse, ramificarse, y quizás esa es una de sus mayores virtudes.

Los criollos se independizan de España para volver a Europa. Romper con la madre patria sin salir de la matriz europea. Así, el viaje de vuelta se hace con libros. Si la *Bildungsroman* del jacobinismo criollo se escribe a partir del contrabando de libros franceses prohibidos, podría hacerse un relato del viaje de vuelta cuyo paradigma vislumbrara Mary-Louise Pratt en los *Viajes* de Sarmiento, pero que se abre de diversos modos con Bello y Echeverría (el joven poeta viajando a Europa con *La lira argentina* bajo el brazo), y encuentra un matiz particular o síntesis en el trabajo de Bello sobre el Cid, en el filólogo criollo que toma a su cargo el tesoro medieval hispano a falta de filólogo local que se ocupe de él). Hay una renovada y muchas veces contradictoria disputa por la lectura del pasado y una desesperada búsqueda de lectores: Bello en Londres,

Sarmiento y Echeverría en París cuentan con el distante lector americano, pero necesitan ser leídos por los europeos. Por eso toda arqueología de lo criollo es a la vez una antología. Como observaba Furio Jesi (1979: 50), la arqueología, «como ciencia del objeto, del documento no escrito, de la cosa antigua» tiene un parentesco cercano con “la ciencia del mito y la bibliofilia”. ¿Cómo?: “en la medida en la cual rescata a la cosa del fetichismo económico” (Jesi 1979: 50). La arqueología, usando el término de Agamben, profana el orden dado.

Hay, desde luego, una obsesión o principio rector de la antología (podría pensarse así, como una antología de lecturas), la matriz dada por el doble y contradictorio relato de la hegemonía criolla: “*Primus inter pares*: la epopeya popular cuenta la historia de los *pares*, mientras que la novela familiar narra los orígenes del *primus*.” (68) No casualmente, esta reflexión concluye el primer “excursus” del libro, “Hegel, 1807”. Los criollos vuelven a narrarse la conquista, hermanándose con sus víctimas para expulsar al otro dominante (hermanos que se unen fuerzas para acabar con el imperio de un padre despótico), para luego asegurar su hegemonía retomando el camino de la Historia, cuyo sujeto es Europa, pero esta vez la Europa de la modernidad ilustrada y el libre comercio. Como decía Alberdi: “Los americanos hoy somos europeos que hemos cambiado maestros: a la iniciativa española, ha sucedido la inglesa y francesa. Pero siempre es la Europa la obrera de nuestra civilización. El medio de acción ha cambiado, pero el producto es el mismo.” (Alberdi 1980: 91). Lo mismo valdrá para Justo Sierra, para quien “al fin y al cabo, no tendríamos que hablar de revoluciones sino de evoluciones” (p. 190). El libro de Scavino explora y dispone –como ha definido Didi-Huberman (2008) el procedimiento del desmontaje y montaje de la historia– las diferentes instancias y mecanismos que operan en el dispositivo de la identidad criolla, desde Sigüenza y Góngora hasta Octavio Paz, Neruda y Murena, revelando la contradicción como la garantía de la continuidad: la hegemonía del *primus inter pares* criollo se mantiene en la medida en que puede adaptar su relato y escoger el linaje que garantice la legitimidad de su herencia material y simbólica.



"Señoras por la mañana". Litografía de Moulin (Imprenta Bacle), Buenos Aires, 1833.

## Bibliografía

- Alberdi, Juan Bautista (1980 [1852]). *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina, derivadas de la ley que preside el desarrollo de la civilización en la América del Sur*. Halperín Donghi, Tulio (ed.). *Proyecto y construcción de una nación (Argentina 1846-1880)*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Bachmann, Iris (2007). "Negertaaltje or Volkstaal: The Papiamentu Language at the Crossroads of Philology, Folklore and Anthropology". *Indiana* n° 24; 87-105.
- Bello, Andrés (1970[1844]). "Investigaciones sobre la influencia de la Conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile. Memoria presentada a la Universidad de Chile en la sesión solemne del 22 de septiembre de 1844, por José Victorino Lastarria". *Antología de Andrés Bello*. Santiago: Fondo Andrés Bello; 75-89.
- Benjamin, Walter (2003 [1935]). "Eduard Fuchs, der Sammler und der Historiker". *Das Kunstwerk mi Zeitalter seiner technischen Reproduzierbarkeit*. Frankfurt/M.: Suhrkamp; 65-107.
- (2007). "Ausgraben und Erinnern". *Erzählen. Schriften zur Theorie der Narration und zur literarischen Prosa*. Frankfurt/M.: Suhrkamp; 196.
- Buck-Morss, Susan (2000). "Hegel and Haiti". *Critical Inquiry*, v. 26 n° 4; 821-865.
- Carpentier, Alejo (1980 [1962]). *El siglo de las luces*. Barcelona: Bruguera.
- Cobet, Justus (2007). *Heinrich Schliemann. Archäologe und Abenteurer*. Munich: Beck.
- Didi-Huberman, Georges (2008). *Cuando las imágenes toman posición. El ojo de la historia, I*. Madrid: Antonio Machado Libros.
- Foucault, Michel (2004 [1969]). "Introduction à L'Archéologie du savoir". *Philosophie. Anthologie*. Paris: Gallimard; 318-334.
- Kaempfer, Álvaro (2006). "Lastarria, Bello y Sarmiento en 1844: Genocidio, historiografía y proyecto nacional". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 63-64; 9-24.
- Jesi, Furio (1979). *Materiali mitologici*. Torino: Einaudi.
- Moraña, Mabel (1998). *Viaje al silencio. Exploraciones del discurso barroco*. México: UNAM.
- Palti, Elías (1994). "Orden político y ciudadanía. Problemas y debates en el liberalismo argentino en el siglo XIX", *EIAL*, 5, 2. [http://www.tau.ac.il/eial/V\\_2/palti.htm](http://www.tau.ac.il/eial/V_2/palti.htm)
- Pratt, Mary Louise (1995). *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Bernal: UNQUI.
- Sala-Molins, Louis (1987). *Le Code Noir ou le calvaire de Canaan*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Scavino, Dardo (2010). *Narraciones de la independencia. Arqueología de un fervor contradictorio*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Stuven, Ana María (2000). *La seducción de un orden*. Santiago: Universidad Católica de Chile.
- Todorov, Tzvetan (1987). *La conquista de América. El problema del otro*. México: Siglo XXI.
- (2008). *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.

---

Observando el accidentado devenir del relato de la identidad criolla que instituye a su sujeto en el rol hegemónico que ocupará a partir de las guerras de independencia, el presente trabajo propone una aproximación a las vías de indagación que abre el último libro de Dardo Scavino, *Narraciones de la independencia. Arqueología de un fervor contradictorio*, en un análisis centrado en las dos categorías que éste articula en su título: narración y arqueología.

By observing the checkered course of the narrative of creole identity, which establishes its subject in the hegemonic role that it will occupy from the independence wars onwards, the present work proposes an approximation to the lines of inquiry opened by Dardo Scavino's *Narraciones de la independencia. Arqueología de un fervor contradictorio*, through an analysis focused on the two categories that the same title of the book articulates: narrative and archeology.

Palabras Clave: Identidad - Narración - Independencia - Arqueología - Scavino

Key words: Identity - Narration - Independence - Archeology - Scavino

## EL RIESGO BROMISTA. ENTRE TERRITORIOS, DEÍCTICOS Y VALORES “POST”. A PROPÓSITO DEL ÚLTIMO LIBRO DE JOSEFINA LUDMER

Hernán F. Pas\*

I.

En la entrevista que, hace ya tres años, ofreció al suplemento *N* de *Clarín* (01/12/2007), Josefina Ludmer comenzaba diciendo que ya no hacía más crítica literaria y que esperaba que su próximo libro, por lo tanto, no se incluyera en los estantes que destinan a esa disciplina las bibliotecas universitarias. Por entonces se conocían algunos breves adelantos (el de más difusión y polémica llevaba por título “Literaturas post-autónomas”, pero también se publicó una versión de “La ciudad en la isla urbana” como “territorios del presente” en la revista *Confines*, 2004), de los cuales no podía inferirse el pleno sentido de esa declaración. Aún en el más polémico Ludmer trabajaba con novelas de Aira, Link, Casas, Moreno, etc. Es decir, hasta entonces pura literatura –por más que en su lugar se hablara de “escrituras actuales de la realidad cotidiana”, que supuestamente esas escrituras borrarán la división entre realidad y ficción, o que no admitieran “lecturas literarias”. Por lo demás, el planteo de ese ensayo –publicado en *Ciberletras* y discutido profusamente en la web– aún se sustentaba en ciertas categorías de la crítica literaria (o, mejor: en ciertas categorías que la crítica argentina venía discutiendo con cierta fruición) como “valor literario”, “autonomía”, “realismo”, “ficción”, “poder crítico”, entre otras.

Al aparecer este año el libro tan anunciado, la declaración de Ludmer finalmente puede ser cotejada. Y puede que al ordenador bibliotecario le ocurra algo módicamente distinto al anhelo de su autora y le allane, como a cualquier lector confiado, el desconcierto. Porque, en verdad, *Aquí América Latina. Una especulación* es un libro que desconcierta. Para ser justos, desconcierta porque es un libro desconcertado. Tanto, que lo mínimo que podría decirse es que hay dos libros en uno. Un libro que en ciertas zonas todavía seduce y produce genuina cavilación, que es capaz de proponer formas más o menos sagaces de pen-

samiento; y otro que manifiesta palmaria-mente lo que se pierde cuando las formas básicas de la crítica se diluyen en la lógica arbitraria del recurso impresionista. Ambos forman parte del mismo objeto libro. Pero el primero se reduce a algunos momentos de la segunda parte, mientras que el segundo comienza con las primeras palabras en forma de pregunta: “¿Cómo especular desde ‘aquí, América Latina’? ¿Qué palabras y formas usar para pensar o imaginar el nuevo mundo?” (17) y se extiende generosamente en el segundo.

Además de la obstinada reedición del concepto “nuevo mundo”, que aparece con insistencia a lo largo del ensayo (“Cada territorio (cada posición territorial) es una noción, una imagen y un régimen de sentido para pensar el nuevo mundo”, 122), acreditando perspectivas como las de Toni Negri o Arjun Appadurai que poco agregan a la biblioteca más canónica sobre el tema, además de eso, deberíamos preguntarnos si el *desde aquí*, al contrario de lo que permitiría conjeturar esa construcción adverbial, no es un signo previsible de una posición exterior y exteriorizada, si el deíctico, que atraviesa toda la especulación del libro, no oficia con demasiada naturalidad de epicentro, tomando la segunda fórmula del título, esto es, América latina, en una entidad subsidiaria o en meramente una excusa. Porque además de que el “aquí” del título tiene una referencia acotada: Buenos Aires, “el tiempo del 2000 en Buenos Aires” (59), los motivos de reflexión responden en su mayoría a inquietudes que, ya siendo artísticas (la narrativa ficcional y el auge de la novela histórica, el mercado, la poesía “de los 90”, etc.), ya intelectuales (globalización, neoliberalismo, colonialismo, dominación, etc.) por lo general no exhiben una decisiva incidencia de la realidad o discursividad Latinoamericana que oriente o reoriente el encuadre epistémico de su cadena reflexiva. A pesar de que en determinados momentos escrituras de otros países latinoamericanos secundan el argumento del libro, las mismas quedan

\* (La Plata, 1974). Doctor y licenciado en Letras de la Universidad Nacional de La Plata. Publicó el libro *Ficciones de extranjería. Literatura argentina, ciudadanía y tradición (1830-1850)* y varios artículos en revistas especializadas sobre literatura y cultura del siglo XIX y sobre literatura y poesía argentinas contemporáneas.

aplanadas por la lógica del discurso informativo (como en la página 93 cuando se constata que la idea de una política literaria no nacional se hace presente también en el Grupo del Crack de México). Y si bien algunos pasajes de la segunda parte (el que versa sobre los tonos antinacionales de la narrativa, el que configura la fórmula “isla urbana” o el dedicado a la lengua) ofrecen interesantes lecturas de narrativas contemporáneas latinoamericanas, la fuerza de esas lecturas queda percutida por la generalidad de las premisas y la sofocante insistencia degradada del *in-between* (una cosa es el tono antinacional que Ludmer constata en esas obras, otra el que ese tono sea compatible con el patrón de cierta tendencia post que en el libro se prescribe con la figura polivalente del “adentro y afuera” (137); una cosa es describir la imaginación de la degradación en el sujeto migrante, “como si la mierda fuera la sustancia orgánica del inmigrante ilegal” (183), otra el modo en que esa descripción se conecta con el imaginario público: habiéndonos quedado claro durante las 180 páginas que anteceden a esa cita que el régimen de sentido es lo real/virtual, lo intimopúblico, la realidadficción, nos enfrentamos con esta acotación a la cita precedente: “al boliviano le dicen ‘negro de mierda’ en la Buenos Aires de *Bolivia*” (183). Negro de mierda, bolita, bola de fraile, boliguayo, negro bolita, son algunas de las muestras lingüísticas del racismo que reinvirtió el característico gentilicio “cabecita negra” imputado a la plebe peronista (y al que apela de modo admirable un cuento homónimo de Rozenmacher) para referirse a la inmigración sudamericana y que todos hemos escuchado usar... *en* las calles de Buenos Aires y hasta canturrear con banderas y bombos en los estadios de fútbol. Si la película de Caetano transfiriere esa código para reencauzarlo artísticamente, ¿estamos frente a otro modo del adentro/afuera y de la realidadficción, como pretende el ímpetu argumentativo del libro, o es más bien un clásico ejemplo de la intersección entre arte y sociedad?

Es cierto que Ludmer utiliza diferentes íncipit: *aquí, desde aquí, aquí en, o desde* América latina. Sin embargo, en todas las variantes, como una cadencia tanguera y rioplatense, el fulgor de Buenos Aires abruma la referencia deíctica. Algo que, instigado por el auspicio del título, cualquier lector, desconcertado pero finalmente lúcido, no tardaría en colegir con cierta decepción. Esa experiencia decepcionante, que va del título al contenido del libro, para quienes hemos encontrado en Ludmer ejemplos elocuentes de procesar la teoría y de producir crítica en textos como *Cien años de soledad. Una interpretación* o *El género gauchesco. Un tratado sobre la*

*patria*, que mantienen vigencia justamente por el modo en que teoría y crítica se articulan (la pregunta no sería, entonces, la que abre este nuevo libro, ¿qué palabras y formas usar...? sino ¿de qué modo?), esa experiencia, decimos, también va de la teoría enunciada, implícita o explícitamente, a la crítica formulada. Claro que no literaria, porque se trata de otra cosa. Pero qué sea esa otra cosa y para qué sirve (para “dar la vuelta al mundo”, afirma Ludmer, 13) son preguntas que exceden la antigualla gremialista de los críticos literarios y se instalan en el centro del pensamiento crítico sin adjetivos. O científico, que era el modo en que Marx denominaba, como se sabe, el pensamiento desnaturalizador para oponerlo a los prejuicios de la doxa dominante.

## II.

El libro de Ludmer está dividido en dos partes. La primera titulada “Temporalidades”, armada con las anotaciones de un diario íntimo y sabático que se extienden desde el 25 de mayo hasta el 31 de diciembre del año 2000, y la segunda “Territorios”, que se abre con la lectura de la ciudad latinoamericana como isla urbana y concluye con una reflexión sobre el imperio a través de la lengua (quizás sea en el subapartado “El territorio de la lengua”, del apartado o capítulo denominado “Imperio”, pp. 186-215, donde se encuentre lo más interesante de la propuesta de Ludmer: allí la categoría analítica de la lengua como territorio cobra una singular inflexión en contraste con las páginas previas y, si bien muchas de las ideas desarrolladas penden, como reconoce la propia autora, de los trabajos de José del Valle, Ludmer demuestra su capacidad de lectura incisiva leyendo y poniendo en diálogo varias novelas y relatos en los que la lengua cumple un rol determinante). Desde el comienzo, se nos advierte que la especulación del subtítulo es una forma de la imaginación crítica, que toma ideas de todas partes y las utiliza para crear un nuevo modo de leer. No obstante, ese nuevo modo de leer retiene algunas lógicas formales que ya habían aparecido en previos libros cuyo subtítulo no era el de la especulación, sino el del tratado o el manual. Una de ellas es la opción por categorías analíticas generales (cadenas, series y anillos para adentrarse en la gauchesca, la figura del delito como instrumento crítico, y ahora el tiempo y el territorio como conceptos articuladores globales).

Las temporalidades de la primera parte se inscriben en lo que Ludmer llama “tiempo cero”, algo así como el corte temporal que inaugura la nueva era, el nuevo mundo, los nuevos modos de leer y de escribir, las nuevas experiencias (laborales, comunicacionales, afectivas) del nuevo tiempo. Uno podría pensar, con justeza, en el emblemático año 89. La caída del muro

de Berlín ha sido, en efecto, el fenómeno por antonomasia representativo de una nueva configuración geopolítica a nivel mundial. Sin embargo, el tiempo cero en *Aquí América Latina* es el año 2000. Habría que preguntarse los motivos de ese desplazamiento (Como enseguida veremos, el juego de las temporalidades no queda claro en el libro de Ludmer). Tiempo cero del año 2000: año milenarista en que supuestamente el sistema computacional entraría en debacle, en que estallan las arquitecturas represivas de la economía neoliberal (enquistadas, como cualquiera comprende si necesidad de recurrir a Fanon, en el consabido artilugio de las prebendas con que las élites del poder económico y político local pautaron los condicionamientos de los organismos financieros con sede en Washington), en que la comunicación vía internet cambia la experiencia de vida de miles de millones en el mundo y en que... Josefina Ludmer llega y se instala en Buenos Aires.

Si lo que Ludmer intenta significar es un conglomerado de problemas que involucra principalmente a Latinoamérica, ese conato da la sensación de llegar tarde. No en términos cronológicos, sino espaciales: de territorios. ¿Cuáles son los territorios del saber crítico recorridos por este libro? Los nombres que más brillan son los de Negri, Virno, Bhabha, Agamben, Sassen, Appadurai. Nombres, en definitiva, acordes con los temas tratados en el libro: globalización, neoliberalismo, imaginario público, memoria, identidades, diáspora, multitudes, imperialismo, nacionalismo. No obstante, Ludmer pasa impávidamente por alto las producciones críticas de Latinoamérica (hablamos de crítica sin adjetivos, no de crítica literaria que, como se sabe, no es tema ni método ni interés de este libro), producciones que abordaron con mayor o menor rigurosidad problemas similares desde ópticas disímiles, pero a las que vale la pena prestar atención cuando se habla de globalización e imperialismo en América latina, como, para dar sólo algunos ejemplos, los trabajos de Walter D. Mignolo, quien en *Historias locales/diseños globales* abordó el problema del poder global en Latinoamérica desde la perspectiva de una semiosis colonial en confrontación con el régimen epistemológico occidental, de Grinor Rojo, quien elucubra en *Globalización e identidades nacionales y postracionales* un modo distinto de pensar los efectos de la globalización económica y financiera polemizando implícitamente con Mignolo, de Abril Trigo, quien en *Memorias migrantes* trazó un vasto y agudo panorama de los estertores padecidos por la modernidad periférica bajo la globalización (basado en la experiencia uruguaya, pero que con más razón

se aviene al *aquí* bonaerense y porteño de muchas de las páginas de Ludmer), de Roberto Schwarz, en fin, que con el ensayo "Las ideas fuera de lugar" propulsó hace varias décadas un debate cuyo núcleo problemático aún hoy mantiene vigor.

No se trata de lo discutibles que puedan ser algunos argumentos o textos de, digamos, Virno o Agamben (*Infancia e historia*, de este último, puede pasar por un libro correcto y no mucho más). Se trata del desfase entre los argumentos y las situaciones que esos argumentos o textos deberían pretender azucar, tonificar, o en parte iluminar. Cuando leíamos a Homi Bhabha todavía en su idioma original sabíamos que categorías como *in-between* funcionaban mejor aplicadas a discursos textuales integrados por cierto canon historiográfico nacionalista (es decir, con un uso textual que los críticos del norte llaman *close-reading*) o como modo de no perder las sutilezas de la metacrítica (allí donde Bhabha reconvenía, por ejemplo, la noción de tiempo-homogéneo de Benedict Anderson), digamos, más como una herramienta de trabajo crítico que como una *teoría* en sí misma capaz de penetrar y explicar con suficiencia la hegemonía del discurso globalizado (entre cuyas cabezas de medusa la ecología y el racismo conquistan más territorios y afectos que cualquier otro discurso colonialista, como lo demostró el grotesco y fatídico *western* que montó G. W. Bush tras el 11 de septiembre). Sin embargo, Ludmer acude a Homi Bhabha por este último camino: "Los cortes generan lagunas temporales, algo como el jet-lag cuando se viaja en avión; Homi Bhabha (*The Location of Culture*) lo llama 'time-lag'. En la laguna temporal se hace nítido el círculo de las políticas imperiales. Se nos corta el tiempo desde afuera y desde el estado, se corta algún proceso, y se nos define como temporalmente diferentes según una historia desarrollista, en etapas, que es la historia del capitalismo y del imperio concebidos como modernidad, civilización y continuo progreso" (27). Y agrega: "América latina, en esa cronopolítica, está siempre en una etapa temporal anterior, atrasada o 'emergiendo' en relación con lo ya constituido" (ídem). ¿Cuál es el interlocutor que prevé Ludmer para ese párrafo? Alguien cuya disciplina o trabajo lo prive de reflexiones semejantes. O alguien que simplemente no haya leído a Bhabha. De acuerdo. Pero, en cualquiera de los dos casos, ¿se justifica la cita plana de Bhabha para explicar lo que hasta el revisionismo más pertinaz ha explicado con distintas variantes (la de Abelardo Ramos en *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, purgada de los extemporáneos tópicos nacionalistas, hasta podría funcionar de auxilio legítimo). Qué decir de reflexiones como las

de Ángel Rama, Julio Ramos, Gregorio Weinberg, Walter Mignolo, J. C. Mariátegui y aun César Vallejo, quien en sus intervenciones en torno a los ismos de las vanguardias supo dilucidar como pocos en su momento los maniqueísmos, futilidades y desigualdades del cosmopolitismo de mercado. Todos hemos descubierto un punto (a veces un océano) en el que las teorías post no hacían más que replicar inflexiones y situaciones conocidas de larga data. Ludmer, por supuesto, también, y por eso acude inmediatamente a Alfonso Reyes (“llegamos tarde al banquete de la civilización”). Pero ese es un gesto que, como mínimo, peca de displicente. Salvo que los lectores que pretenda Ludmer se parezcan más a los contemporizadores televisivos que a los lectores potenciales que prevé su prestigiosa firma. Insisto con esto: toda la primera parte del libro de Ludmer da la sensación de llegar tarde. Lo cual se conecta, asimismo, con el tema de las temporalidades.

Incomoda, al menos, que tratándose de un libro cuya primera parte se dedica a trabajar sobre las temporalidades en ficciones de distinta índole no se termine de percibir con precisión el anclaje temporal de muchos de sus argumentos. No es que se deba al género de la especulación, el cual “toma ideas de todas partes y se apropia de lo que le sirve” (10), o bien: “consiste en dar una sintaxis a las ideas de otros y postular un aquí y ahora desde donde se usan” (Ídem) (cualquiera de esas dos definiciones, pero sobre todo la primera, ¿no explica un modo de entender la cultura bastante conocido y utilizado por letrados periféricos como Sarmiento? ¿no era eso lo que postulaba el sanjuanino para su empresa editorial chilena, cuando redactó el primer diario de Santiago, es decir tomar de los diarios extranjeros lo que le sirviera y reeditarlos en su propio periódico?; parece claro que lo que en esas primeras páginas se presenta como un nuevo modo de leer acorde al nuevo tiempo dictaminado por la era global-mundial-virtual/real no es más que una vieja estrategia presentada, como se dice de la cosecha de ciertos tónicos, en odres nuevos), no es que se deba a que la especulación postula un universo “real virtual” (11) y al mismo tiempo un modo de “entrar a la fábrica de la realidad por la literatura” (12) y que entonces debamos suspender, como pedía Coleridge para sus poemas, voluntariamente nuestra incredulidad frente a las argucias recurrentes del texto de Ludmer. Es la propia *forma* del diario íntimo la que termina por opacar la pretensión sugestiva de su especulación. En varias ocasiones Ludmer insiste en hablar de las “temporalidades de Buenos Aires año 2000” (117) no con una formulación abstracta (donde indagar algunas sincronías de la literatura latinoamericana contemporánea, por ejemplo)

sino mediante una deixis situada: “hoy, 30 de mayo del 2000” (113) o “A veces, en el 2000, me atacaba el aburrimiento” (38). De modo que estamos frente a un diario de apostillas y reflexiones pretendidamente liadas al fenómeno de la experiencia. Ahora bien, si entendemos experiencia no como una construcción discursiva inconmensurable, sino como un tipo de experiencia subjetiva narrativizada (que Walter Benjamin distinguiría con el nombre de *Erfahrung*, para diferenciarla de la experiencia, digamos, vivencial, o *Erlebnis*), es decir una experiencia relativamente integrada, es más que oportuno preguntarse cuál es la franja temporal que enmarca dicha experiencia (como *Erlebnis* y como *Erfahrung*). Sobre todo si se nos ofrece un cuaderno de notas que insiste en situarse categóricamente. Porque de lo contrario caeríamos no en la ambivalencia –zona de hilaridad para el mecanismo ficticio–, sino en el más absoluto contrasentido. En la entrada del “miércoles 31 de mayo”, Ludmer apunta la marcha encabezada por Moyano contra el ajuste tarifario, y liga esa experiencia a una reflexión de Paolo Virno sobre la *Gramática de la multitud* que, pertinente o no, la lleva a concluir: “la desobediencia civil anunciada por Moyano en el 2000 se hace visible en el 2001. Primero hay que pasar por el fin de la creencia en la representación” (32). Es decir que esa entrada se escribió, por lo menos, después de diciembre del 2001. Otro ejemplo: entrada del “sábado 10 de junio”: “Veo *Esperando al mesías* de Daniel Burman, una especie de adelanto alucinatorio del derrumbe de diciembre 2001 como robo futuro” (67). Por supuesto que, parte de la argucia, tiene que ver con un planteo macro, el del prestidigitador, el que se desliza como un *snowboard* del tiempo por el espacio público del decenio 2000. Hasta podrá acotar entre paréntesis: “y esto desde hoy, 2009...” (69) ¿Por qué entonces insistir con la *forma* del diario, si no se abandona el patrocinio que otorga esa prolepsis interpretativa? ¿Acaso porque el valor de un diario íntimo, o diario sabático, o cualquiera de esas formas de escritura yoística que hoy cunden en ciertas zonas de la literatura argentina y cuyo empachado prestigio nos abstiene de más comentarios reside en eso, en ser “literatura” (o lo que Ludmer llamaría “realidad ficción”)? No me interesa discutir aquí los sentidos de lo que se entiende por “literatura” (una discusión desde ese ángulo puede verse en “La literatura y sus restos” de Miguel Dalmaroni, publicado en [www.bazaramericano.com](http://www.bazaramericano.com)), pero si leyéramos el libro de Ludmer no como un ensayo crítico sino como una ficción crítica, entonces habría que decir que en ese terreno la ponderada ambivalencia (“este territorio conceptual, como casi todas las nociones que se usan en este libro, es ambivalente”, 188-189), produce el

efecto de lisiar la ambición. Ni una cosa, ni la otra, el libro de Ludmer transita la insustancial vara del medio camino y lo hace alegremente, como desentendiéndose de la mordacidad que sabe transmitirnos la labia popular con su fabuloso apego a la concisión: ni chicha ni limonada.

### III.

Sin embargo, hay un beneficio al que Ludmer suele recurrir y que el diario implosiona: la suspicacia bromista. El derrotero solaz siempre puede ser sutil y bienvenido, y a veces hasta necesario. En este caso se ofrece en el discurrir “como si”. Como si “viviéramos” los encuentros de Ludmer con sus amigos escritores, editores o poetas. Como si compartiéramos lo que dijo fulano, lo que opinó o refutó mengano. En fin, habrá a quien esas escenas o escuchas lo seduzcan (siempre hay una cuota del más pueril y desvirtuado voyerismo intelectual, quizás simplemente se trate de lecturas amistosas, al menos eso parece confirmar el prodigioso auge de las “intimididades públicas” y las libretas de ocurrencias colgadas en la web (en nuevo paréntesis: dudo de que éste sea el resultado de la velocidad comunicacional instaurada por la Internet; me inclino a creerlo más vinculado a la tradicional fama que la televisión expandió allá lejos y hace tiempo)). En todo caso, nos encontramos en una zona de interacción distinta. Algo así como una prosa menos grave o académica que, si en casos anteriores como en *El género gauchesco* o *El cuerpo del delito*, era absorbida por la lógica epistémica y la sintaxis ensayística, en *Aquí América latina* intenta serlo por una expresión de lo cotidiano, lo ameno, lo que transcurre en una mesa de café, en un restaurant o en un parque público. También es cierto que esa inflexión es coherente con uno de los postulados del libro: el de que “la imaginación pública sería un trabajo social, anónimo y colectivo de construcción de la realidad” (11) y el de que “lo público es lo que está afuera y adentro, como intimopúblico” (ídem). Pero aquí cabría preguntarse, ¿candidez o irreverencia? Hace ya muchos años —por lo menos desde que los estudios de género comenzaron a ganar espacio en la década del 80— que sabemos que lo público y lo privado, el espacio interior del *domus* y el exterior de la *polis* siempre estuvieron intercomunicados y, cual cinta de *moebius*, intrínsecamente ligados entre sí y que la división entre estado y sociedad civil, por un lado, y esfera pública y privada, por el otro, no fue más que una construcción política moderna que ancló sus fundamentos en confrontación con viejas teorías del derecho de gentes ligadas al corporativismo medieval. ¿Sigue siendo productivo, entonces, utilizar en pleno siglo XXI

la vulgata de que lo íntimo es público y viceversa?

Por lo demás, durante todo el libro se tiene la impresión de que “imaginación pública” es un analogon o sucedáneo de imaginario público (por ejemplo, cuando se dice: “La familia Maure de *Los Cautivos*, la del Campo y la del Desierto, estaban en la realidad y no solo en el teatro y en las ficciones nocturnas del 2000”, p. 70). Ante los lances del zigzagueo bromista (casi todo es ambivalente) es justo advertir la diferencia entre indefinición e imprecisa explicación. Con posterioridad al clásico estudio de Habermas, rigurosos trabajos como los de K. M. Baker, Mona Ozouf, Sarah Maza o Robert Darnton han reexaminado la construcción histórica de la llamada opinión pública —y, por corolario, del espacio público—, demostrando que la diversidad de agentes y circuitos de expresión nunca pudo redundar en un todo comunitario y homogéneo como ha sido tratada con frecuencia la figura de la opinión civil. Por lo tanto, aun en la era de las nuevas tecnologías de la comunicación, no todos tenemos la capacidad de mediar en esa esfera, de “fabricar realidad”, de intervenir en la creación del imaginario público, o al menos no todos tenemos las mismas capacidades (ya no en términos chomskianos sino en términos de orden político, crítico y simbólico). Cuando Ludmer escribe: “La memoria urbana es una experiencia pública compartida, una historia en presente que registra los acontecimientos del Salón Literario y del fante de Oliverio en el mismo nivel de realidad que nuestras cenas con Tamara, César, Arturo y Osvaldo. En la memoria intimapública de la ciudad todos somos contemporáneos” (114): ¿a qué totalidad atribuye esa memoria compartida? Apuntemos, de paso, para finalizar este excursus, una de las más tempranas revisiones a la teoría habermasiana de la comunicabilidad pública que, en manos de Oscar Negt y Alexander Kluge, tiene la feliz virtud de retener la visión crítica de la Escuela de Frankfurt sin condescender al dogmatismo adorniano. En ese punto, Negt y Kluge, sin embargo, son contundentes: “la construcción de la esfera pública deriva toda su sustancia de la existencia de dueños de la propiedad privada” (*Public Sphere and Experience*, 1993, p. 10). Un buen análisis que podría haber intercedido en la brumosa concepción de lo *intimopúblico* y aportado, a su vez, el tamiz necesario contra la cínica futilidad del anecdotario, como lo muestra la siguiente cita, perteneciente a la entrada del “Domingo 12 de noviembre”, que transcribo: “Cena con Ariel Schettini. ¡Felicidad! Tema: la sumisión. Comemos en un restaurant vietnamita: él cerdo y yo pescado, y conversamos sobre los pobres y la sumisión” (103). Si ante esta frase el lector puede que

sienta una vaga perturbación culposa frente al exhibicionismo temerario, cuyo antídoto recae sin opción en la expectativa de la conversación, al dar vuelta la página se sentirá libre de todo cargo y legítimamente defraudado, porque lo que sigue cumple con todas las variables de la sosa frivolidad y nada, ni siquiera el intento fallido de la metáfora del perro (¡de Schettini!) y la esclavitud valida el tema anunciado.

#### IV.

Quizás porque se trata, justamente, de la falta de validación en la literatura contemporánea o de los años 2000. Pero una cosa es el valor literario, en términos estético-formales, y otra el valor ético de la escritura. Una cosa es sostener, como hace Ludmer, que las nuevas escrituras ficcionales no conciben con lecturas "literarias" y pierden especificidad y valor literario, y otra muy distinta es suponer que, en el caso de que esa hipótesis sea cierta, la ética de la escritura (ficcional o no) se diluya en el marasmo de la impropiedad o de la "realidadficción" (hablamos de una ética de la escritura como rasgo o cualidad formal y no como una función o prescripción moral o ideológica previa). Dicho esto, hay que admitir que la tesis sobre literaturas postautónomas posee ciertos momentos de indiscutible sacudimiento. Aunque no tanto en su parte positiva y propositiva, sino por el contraste de lo que enuncia. Ciertamente, es fácil notar que la noción de autonomía ha sido y seguirá siendo una entelequia, un horizonte abstracto, y que ha sido y sigue siendo –aunque se disfrace con distinta terminología– un modo de operar en el campo de la literatura. En este sentido, es elocuente la algarada que produjo esa tesis en el circuito de la crítica argentina. Como también lo es

el hecho de que mucha, muchísima "literatura" que colma hoy los escaparates de las librerías responde más o menos fidedignamente, como escribe Ludmer, a "la forma del testimonio, la autobiografía, el reportaje periodístico, la crónica, el diario íntimo" (151) (Y acá habría que abrir otro paréntesis y no dejar pasar el trazo últimamente visible de cierta tendencia de la crítica actual a embadurnar sus argumentos con tonos tertulianos, cercanos más a la verba afectiva de una escena de *coffee-house* que a la lógica argumentativa, una suerte de yuxtaposición entre el orden sentimental y el orden de las ideas que se sostiene en la vacua creencia de una escritura absorbente –que Ludmer llamaría con justeza "intimapública"– cuya pretensión de experiencia suele en cambio dejarnos absortos ante los tics de un narcisismo tan afectado como colegiado).

Lo que cabría preguntarse, entonces, es si la base de sustentación de esas escrituras no es, como lo fue con otros géneros y en otros tiempos, producto de la moda y de las consabidas sutilezas mancomunadas que confeccionan la agenda del mercado editorial y de la crítica. Preguntarse, en fin, si la vena yoística de esas escrituras no representa –como el rock barrial, la novela histórica o las tiras televisivas de lo doméstico– un momento más de estandarización procedimental incitada que de una legítima ambición de superar la medianía (como algunas de ellas pueden ser y son leídas), rasgo este último que aparecería como marca indubitable del Arte. Porque, en definitiva, y esta es una pregunta que aunque Ludmer no formula emana de su tesis, ¿con qué instrumentos se mide el atisbo de una desmesura? O mejor: ¿quién nos dice la legitimidad de esa ambición?

---

A partir de la lectura del recientemente publicado libro de Josefina Ludmer, *Aquí América latina. Una especulación* (Eterna cadencia, 2010), este artículo discute el tratamiento de algunos temas y la pertinencia de algunas categorías analíticas propuestas en el libro, como "autonomía", "post-autonomía", "imaginario público", "experiencia", indagando, asimismo, el problema implícito en la tesis de las literaturas postautónomas, visible también en el giro intimista de cierta literatura argentina y latinoamericana contemporánea.

From a reading of Josefina Ludmer's recently published book, *Aquí América latina. Una especulación* (Eterna cadencia, 2010), this article discusses the author's treatment of some issues and the appropriateness of certain analytical categories she proposes, such as "autonomy", "post-autonomy", "public imaginary" and "experience", exploring, likewise, the problem implicit in the hypothesis of post-autonomous literatures, also visible in the "intimate" turn of some contemporary Argentinian and Latin American literature.

Palabras Clave: Ludmer – Crítica – Literatura – Experiencia – Postautonomía – América Latina

Key Words: Ludmer – Criticism – Literature – Experience – Post-autonomy – Latin America